

**Gonzalo Celorio, *Tres lindas cubanas*. México, Tusquets Editores, 2006.**

La novela de Gonzalo Celorio, es, en efecto, como lo menciona la contraportada del libro, una saga familiar, es decir, el relato de las vicisitudes de su madre, sus tías y de sus abuelos. Una historia familiar como muchas, pero que tiene la particularidad de haberse desarrollado en momentos trascendentales para Latinoamérica. Podríamos decir, que la historia que le importa contar a Celorio da inicio en la Cuba de Batista y termina con la Revolución cubana que encabezó Fidel Castro.

Es un relato con dos voces, una, la familiar, narrada en un tono íntimo, a veces cariñoso y por momentos dramático, pero siempre cercano; y otra, que es la del propio autor.

Las tres lindas cubanas son su madre, Virginia y sus dos tías, Ana María y Rosa. Virginia casada con Miguel Celorio, inventor del clip (según cuenta su hijo Gonzalo), que hizo su vida adulta y de casada en México; Rosa, desposada con un catalán vecindado en Cuba desde muy joven; ambos terminan sus vidas en Miami, llenos de tristeza y desencanto; y la más joven, Ana María, casada dos veces y dos veces viuda, que vivió y murió en Cuba.

A lo largo de la novela se va contando el devenir de esas lindas cubanas que en sus años de infancia y temprana ado-

lescencia pertenecieron a la gran burguesía cubana y que al triunfo de la Revolución su modo de vida se transformó brutalmente. Fueron tres vidas que tomaron derroteros distintos y que en su transcurrir nos muestran, lo que seguramente, fue y es la cotidianidad de los cubanos que se quedaron en Cuba y de cómo su manera de pensar, de estar vivos, de relacionarse entre ellos y con los otros sufrió modificaciones profundas. Desde mi lectura es la historia íntima del momento de transición, no sólo de un régimen político a otro, sino, fundamentalmente, de un mundo a otro.

La relación entre las tres hermanas es una muestra de algunas de las posiciones que surgieron frente a ese fenómeno social. Están aquellos que aborrecen a Castro y a la Revolución, y que la viven desde fuera, la posición de Virginia; están aquellos que, simplemente fueron sorprendidos por la Revolución y no se fueron de la isla antes de la caída de Fulgencio Batista, pero sacaron a sus hijos, principalmente a Estados Unidos, escindiendo así, dramáticamente a su familia y soñando siempre con un idílico reencuentro en Estados Unidos del que terminan

arrepintiéndose, el caso de Rosa; y finalmente están los que se quedaron en Cuba toda su vida, nunca se sabe si por convicción real o por miedo al nuevo régimen, el caso de la tía Ana María:

Ya le había oído yo decir a mi madre que Fidel la tenía totalmente embobada. Pero si tal comentario me molestaba sobremanera, lo que más hería mi susceptibilidad revolucionaria era que mamá pensara que la posición tan favorable de la tía Ana María con respecto al régimen de Castro no obedecía a sus convicciones políticas y a sus ideales de justicia, libertad e independencia, sino al miedo. El miedo a que la despojara de la única casa que le dejaron entre todas las que poseía en el Vedado y de cuyas rentas habían vivido ella y sus maridos desde tiempos muy anteriores a la Revolución [...] (pp. 43-44)

La otra voz de la novela es la del autor que cuando narra su propia historia, hace que el ritmo e incluso el interés decaiga debido, por un lado, a que el recuento de su labor como funcionario universitario es innecesariamente prolijo. Y por otro, a que, en ocasiones, el lector tiene la impresión de estar frente al maestro escuchando un profundo y largo análisis sobre la obra de Alejo Carpentier o Lezama Lima, portentosos escritores cubanos, y de quienes, sin lugar a dudas, Celorio es un gran conocedor, pero cuya inclusión se tornan digresiones que poco contribuyen a la novela.

La propia historia de Gonzalo Celorio es otra muestra de una posición más contemporánea frente a la Revolución, que logra expresar con mucha claridad el desencanto y la orfandad en la que nos encontramos muchos ante la deba-

cle de lo que fue la esperanza de creer que un mundo más equitativo y humano era posible. Al escuchar la voz de Celorio es inevitable preguntarse ¿qué habría resultado de ese sueño guajiro si no hubiera estado bajo el brutal bloqueo estadounidense durante, ya, 48 años? Nunca lo sabremos, pero en el camino, tristemente, todos habremos perdido un invaluable sueño.

Al final de la lectura queda la certeza de que hay una enorme honestidad y valor por parte del autor para hablar de un tema delicado y que le importa mucho: su relación con Cuba y la Revolución. Relación, a todas luces compleja, que muchos compartimos y que nos hace debatirnos entre la defensa, a capa y espada de la Revolución y una postura crítica ante los innegables “errores” o atropellos que en nombre de ésta se han cometido.

Muchos sabemos que los encuentros con los cubanos en Cuba son muy intensos, pero que cuando están fuera de la isla se vuelven, por lo menos, desconcertantes, y Celorio lo expresa claramente a partir de su experiencia personal:

[...] Igual nos había sucedido en su casa en La Habana. Allá habíamos establecido, tras una plática superficial, una complicidad amistosa sin que yo hubiera sabido a ciencia cierta los términos en los que se había fundado y que ahora, una vez pasada la crisis, perdía densidad y hondura. Así me pasa frecuentemente con los asuntos de Cuba. Me muevo por solidaridad de origen que no sé definir *a priori* y que me obliga, *a posteriori*, a hacer reflexiones como las que trato de articular en las páginas de este libro. [...] (p. 307)

*Tres lindas cubanas* es una novela que nos abre otra puerta a un periodo fascinante de la historia de Latinoamérica, pero tremendamente complejo. Así mismo, por la novela nos enteramos de la estrecha relación que estableció la UNAM —y de alguna manera el CEPE— con Cuba.

Claudia Cárdenas Sosa  
CEPE-UNAM

